

Sobre la crítica de la literatura hispanoamericana: balance y perspectivas

El título de este balance y perspectiva ya anuncia ciertas restricciones. La revisión de materiales no ha incluido la vasta producción sobre la literatura brasileña ni sobre la literatura del Caribe no hispano. Las razones no pasan por los prejuicios ni son endémicas. Responden en parte a otras condiciones que sí son fundamentales en toda consideración de un panorama de esta índole. Existen divisiones en los marcos académicos estadounidenses —éstas y otras graves exclusiones se dan también en la mayoría de las universidades latinoamericanas centradas aún en la preocupación nacional(ista)— que canalizan el estudio de la literatura brasileña al margen de su integración latinoamericana y que mantienen a la producción antillana de habla inglesa y francesa, por ejemplo, casi totalmente ajena a este marco de referencias. Pauta adicional, entonces, de que la lectura que sigue incorpora un contexto específico y una práctica centrada en la «crítica académica» dejando de lado el sólido comentario periodístico y las glosas ocasionales de publicaciones no especializadas. Se incorporan, asimismo, las imágenes de la literatura hispanoamericana que emergen de las revistas de crítica literaria, de aquellas que se manifiestan explícitamente por determinada filiación ideológica y de aquellas otras que sin hacerlo anuncian indefectiblemente su pertenencia a algo que excede la generosidad de lo objetivo. Como toda libertad, también la de estas publicaciones está condicionada.

Varios balances y encuestas sobre el estado de la crítica han sido publicados durante los últimos años.¹ Consideramos que los mismos perfiles de publicación producen un

¹ «La crítica literaria, hoy» *Texto crítico*, III, no. 6 (1977), pp. 6-36. Respondieron Enrique Anderson Imbert, Antonio Cornejo Polar, José Pedro Díaz, Roberto Fernández Retamar, Margo Glantz, Domingo Miliani, José Miguel Oviedo y Saúl Sosnowski.

Hugo Achugar, «Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana», *Casa de las Américas*, XIX, no. (1978), pp. 3-18.

Jean Franco, «Trends and Priorities for Research on Latin America in the 1980s (Latin American Literature)», *The Wilson Center Working Papers*, no. 111 (1981), pp. 25-35. Como «Tendencias y prioridades de los estudios literarios latinoamericanos», en *Escritura*, VI, no. 11 (1981), pp. 7-20. También en *Ideologies and Literature*, IV, no. 16 (1983), pp. 107-20, en un número especial dedicado a «Problemas para la crítica socio-histórica de la literatura: Un estado de las artes». Es útil observar allí los ajustes que se presentan en miradas alternativas en «Para una redefinición culturalista de la crítica literaria latinoamericana», de Hernán Vidal (pp. 121-32) y «Crítica de una crisis: los estudios literarios hispanoamericanos», de René Jara (pp. 330-52).

Una revisión y puesta al día permanentes de la crítica son ofrecidas por las revistas literarias. Como lo demostrara Francine R. Masiello para el caso argentino, éstas sirven para registrar y medir los cambios en

balance constante de ciertos intereses. Reflejan, entre otras cosas, la creciente y polarizada ideologización puesta en escena recientemente y que ya había acentuado el inicio de una nueva etapa a partir del triunfo de la revolución cubana y los éxitos internacionales alcanzados por un núcleo selecto de narradores hispanoamericanos. Después de las abundantes páginas escritas en torno al impacto de la revolución cubana sobre las relaciones culturales de Latinoamérica —dejo de lado las directas y menos mediatizadas de la política— estaría de más reiterar los diversos planteos. Es fundamental recordar, sin embargo, que mientras algunos centros de estudios insistirán en la celebración de la palabra y en el maquillaje bruñado de las glosas críticas —proponiendo ante la producción de lenguajes auto-referenciales la oportunidad de sostener paráfrasis lúdicas con esos mismos andamios— otros centros abrirán la práctica literaria a una inserción de lo cultural en lo social. De este modo se dará una mayor tematización académica de las relaciones del intelectual y la sociedad y del papel que desarrolla la literatura en los procesos sociales.² Discusiones éstas que tenían su raíz en el orden del día impuesto por la dinámica de los lectores, por los propios escritores, y por su creciente función social pública.

Al adoptar el *boom* como categoría manejable en la ordenación de secuencias de estudio —para centrarnos en la narrativa—, comienzan a figurar en la evaluación de los textos las condiciones «extraliterarias». El reconocimiento de una nueva constelación literaria que exigía que el discurso literario formal se hiciera partícipe de discursos, pronunciamientos y reflexiones críticas, y que algunos autores ejercieran la crítica de sus propios textos transformándose en un doble marco de (auto) referencia, también contribuyó a plasmar un circuito condicionado. Todo ello significó, a su vez, una «transferencia» de énfasis —con sus consiguientes cargas ideológicas— de la inquisición de motivos que pudieron animar la redacción de una obra literaria, a los significados múltiples que se disputan los sentidos de un texto, el papel que éste juega (solo y con su autor) en el sistema. Es evidente que las transferencias son parciales y que todas estas modalidades siguen poblando las páginas críticas.

la concepción y función de la tarea crítica. «Argentine Literary Journalism: The Production of a Critical Discourse», *Latin American Research Review*, XX, no. 1 (1985), pp. 27-60.

Diana Sorensen Goodrich ha realizado una síntesis analítica de enfoques teóricos que han ocupado a la crítica estadounidense y europea. Forzosa, inevitable y, en el mejor de los casos afortunadamente, éstos están siendo asimilados por la reflexión latinoamericana. «La crítica de la lectura: Puesta al día», *Escritura*, VI no. 11 (1981), pp. 21-74; «Rezeptionaesthetik: Teoría de la recepción alemana», *Escritura*, VI, no. 12 (1981), 219-46. En este mismo número Terry Eagleton reseña y critica «El idealismo de la crítica norteamericana» (pp. 247-61).

Existen, además, revisiones y anuarios bibliográficos que enumeran o dan cuenta del estado de la crítica literaria en sus respectivos países.

² Sin ánimo de exclusividad ni subrayados dogmáticos, dentro de Estados Unidos, para los extremos de estas líneas —y mediante la colaboración de críticos mayoritariamente latinoamericanos— pueden servir como ejemplos las selecciones y los énfasis otorgados a la literatura latinoamericana por las revistas *Diacritics* (*Ithaca, New York*) e *Ideologies and Literatures* (*Minneapolis, Minnesota*). La transparencia de sus respectivas opciones hacia campos extraliterarios es evidente al privilegiar definiciones radicalmente diferentes del amplio abanico que cubre toda la práctica literaria. Algunos intereses de *Diacritics*, de mayor amplitud en el debate teórico, pueden ser vistos en los números dedicados íntegramente a literatura latinoamericana (*Winter 1974* y *Winter 1978*) con textos de Rolena Adorno, Roberto González Echevarría, Alicia Borinsky, Lucille Kerr, Emir Rodríguez Monegal, Irlemar Chiampi Cortez, John Deredita, Enrico Mario Santí, Octavio Paz y entrevistas a Julio Cortázar y Roberto Fernández Retamar.

Las intervenciones de Fuentes, Cortázar y Vargas Llosa, por ejemplo, sobre literatura y la función pública del escritor permitían la ampliación del canon literario más allá de sus novelas y cuentos. Uno de los resultados del *boom* literario/publicitario fue el paso del autor a «superestrella» marcado por cambios en la percepción real de sus obligaciones con el público.³ Se trataba de un nuevo contrato social que se desplazaba de la intimidad de la lectura a las tarimas de las plazas y las conferencias. Dados los destinos que se debatían a diario y violentamente en el territorio latinoamericano, no puede ser casual que la discusión sobre el papel que debía jugar el intelectual consciente y responsable de su poder, pueda ser vista como una respuesta tajante a los embelesos parciales sustraídos de las preocupaciones post-estructuralistas sobre la supervivencia o muerte de la categoría de «autor». En pleno ejercicio de sus libertades otros también toleraban que lo ajeno al texto fuera descartado en aras de críticas ceñidas estrictamente al mundo ficticio. Se abrían «puertas para ir a jugar» pero ese juego hacía peligrar el falso aislamiento del claustro con las posibilidades de una calle; también estaban en juego las comodidades de la carrera académica y sus privilegios.⁴

Resulta inevitable considerar los dispositivos del mercado académico al constatar que cuantitativamente se sigue subrayando a los epígonos y a las figuras prestigiadas. Las bibliografías constatan, por ejemplo, el continuo culto a Borges cuyo nombre aparece en desmesuradas encuadernaciones triviales y en algunos estudios meritorios.⁵ Fenómenos similares afectan a las obras de los identificados con el *boom* y a otros que se han beneficiado de la merecida atención dirigida a América Latina. En este sentido, se amplió el conocimiento de los contemporáneos y también se recuperó a figuras como Fe-

³ Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969, y José Donoso, *Historia personal del «boom»*, Barcelona, Anagrama, 1972, aportan dos niveles de los cambios ocurridos en los años sesenta. Emir Rodríguez Monegal contribuye a su mayor institucionalización a través de *Mundo Nuevo y los textos recogidos en El boom de la novela hispanoamericana*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1972. Jean Franco marcó los cambios en «Narrador, autor, superestrella: La narrativa latinoamericana en la época de cultura de masas», *Revista Iberoamericana*, nos. 114-115 (1981), pp. 129-148. Ver también: Angel Rama, «El boom en perspectiva», *Escritura*, no. 7 (1979), pp. 3-45 y la amplia visión de Tulio Halperín Donghi, «Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta», *Hispanérica*, IX, n.º 27 (1980), pp. 3-18.

A propósito del ensayo de Fuentes conviene recordar el ejercicio de narradores y poetas hispanoamericanos que mediante su obra ensayística han acercado las distancias entre la reflexión teórica y la dimensión práctica. Borges, Paz y Lezama Lima son excelentes ejemplos del puente afianzado entre los múltiples estratos de la producción literaria.

⁴ Ver Pierre Bourdieu, «Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase», en *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983, pp. 9-35. La versión original fue publicada en *Scolies* en 1971. Bourdieu reformula algunas preguntas centrales a cierta línea crítica para analizar las relaciones del intelectual, su producción y relación social, y cómo el espacio predispuesto para él lo lleva a adoptar una determinada posición estética o ideológica ligadas a esa posición que ocupa. Aquello que está dirigido a la comprensión de las propiedades específicas de una clase de obras, por ejemplo, puede resultar muy útil para esbozar un bosquejo integral de las tareas críticas en los diferentes habitus («sistema de disposiciones inconscientes producido por la interiorización de estructuras objetivas» (p. 35)) señalados en este trabajo.

⁵ Entre estos últimos: Jaime Rest, *El laberinto del universo: Borges y el pensamiento nominalista*, Buenos Aires, Fausto, 1976; John Sturrock, *Paper Tigers. The Ideal Fictions of Jorge Luis Borges*, Oxford, Oxford University Press, 1977; Emir Rodríguez Monegal, *Jorge Luis Borges: A Literary Biography*, New York, Dutton, 1978; Silvia Molloy, *Las letras de Borges*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979; Arturo Echavarría, *Lengua y literatura de Borges*, Barcelona, Ariel, 1983; la edición aumentada de Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984. Una útil revisión panorámica de la bibliografía en David William Foster, *Jorge Luis Borges. An Annotated Primary and Secondary Bibliography*, New York and London, Garland, 1984.

lisberto Hernández, Macedonio Fernández y Roberto Arlt como precursores, pero no con las líneas que fundarían una tradición literaria y una continuidad histórica. Se trata nuevamente de crear autores prestigiados a partir de las lecturas actualizadas de los pilares (Cortázar sobre Felisberto y Lezama Lima, por ejemplo). Al mismo tiempo se nota cuán pocos son los críticos dispuestos a arriesgarse apostando a autores noveles con análisis de fondo; o a estudiar los complejos procesos de formación cultural más que a la formalidad del autor con obras completas selladas por su muerte o por un demorado silencio de otro signo. Muchas fuentes de trabajo continúan perpetuándose por la reiteración, por un «nuevo enfoque» (¡otro más!) que a la larga será una apostilla al margen de una nota; también por el artículo atento a la última publicación del consagrado —merezca ésta o no la siempre alerta mirada del seguidor—. ⁶ Antes que abrir el enfoque de lo ya visto y conocido y de trascender el ahinco por la concentración en las figuras estudiadas aisladamente, se agudiza más la búsqueda hasta encontrar la partícula recóndita que justifica otras páginas impresas. Pero lo justifica sólo ante la institución que ha montado las reglas del juego, que anima la proliferación de revistas cuya única razón de ser es dar cabida a tales hallazgos más que a irradiar el conocimiento que a su vez impulse investigaciones mayores y de importancia raigal.

La política de «publicar o perecer», quizá destinada inicialmente a promover el estudio y su disseminación, sirve frecuentemente como sentencioso fin del silencio impreso y cuantificado en los balances de fin de año. Balance que podría ser más positivo al pluralizar lo leído, al considerar la heterogeneidad como alternativa a la reincidencia y, ya en otro terreno, como acto de voluntad independiente ante el caciquismo académico que teje sus telarañas con las tristes recompensas del reconocimiento provisorio dentro de los clanes respectivos. Respeto, admiración, emulación, identificación, pueden ser procesos iniciáticos saludables pero no aportan nuevas interpretaciones y conocimientos si se ciñen estrictamente a lo legado. No es necesario llegar al parricidio, al golpe instantáneo que inaugura otra serie de opciones. Al reiterar enfoques e intereses en los mismos textos, figuras, tropos y mecanismos heredados, se va pasando por el tamiz más lento que, recubriendo, alcanza a vaciar los intersticios de cada página de cada epígono: muerte lenta que agota a la literatura (y a su desafortunado lector profesional) y la hace sucumbir bajo el peso de voluminosas y concentradas dosis de tedio.

Esta no es la tónica *general* que emerge de la revisión del estado de la crítica reciente a la literatura hispanoamericana, sino un peligroso y probado síntoma del desperdicio en que pueden caer las prácticas que no se centran esencialmente en la producción de conocimientos desde ópticas renovadas por la confluencia de avances teóricos y de lecturas no oficializadas por olímpicos académicos. Es decir, desde los aportes sustanciales y positivos que se dan en los años sesenta y setenta como ruptura frente a los análisis estilísticos tradicionales que tienen a uno de sus máximos exponentes en la línea de Amado Alonso. Distanciados, no sin cierto (y justificado) temor del sociologismo, ha habido en amplios sectores una producción mayor sobre los textos y análisis parciales

⁶ Hay pruebas abundantes en las nóminas bibliográficas anuales de Publications of the Modern Language Association of America (PMLA), en Hispanic American Periodicals Index (HAPI) y en las selecciones bianuales comentadas en el Handbook of Latin American Studies. Estas fuentes cubren la necesidad de reiterar excesivos listados bibliográficos.